

La sensibilidad artística de Hostos

Alicia Fernández Gil
Ensayista puertorriqueña

Resumen

Este artículo presenta al Hostos humano, su sensibilidad artística y su capacidad para conmoverse y vibrar ante los más sutiles estímulos del arte en cualquiera de sus manifestaciones. Define el concepto de arte para Hostos y establece su posición y preferencia de acuerdo con la naturaleza del género: en la música prefiere el arte puro y en la poesía el arte comprometido.

La autora del ensayo sustenta el conocimiento amplio que tiene Hostos de la pintura, la escultura y de la literatura; conocimiento que le permite emitir juicios críticos muy severos; pero al mismo tiempo muy justos y los que reflejan los rasgos que lo definen como sociólogo y como político de ideas redentoras para América.

Palabras clave: Hostos, sensibilidad artística, arte puro, arte comprometido, bellas artes

Abstract

The article presents more specially Eugenio María de Hostos' humanistic side, his esthetic sensibility, his ability to be moved and to vibrate in front of the most subtle promptings of art in whichever of its manifestations. It elaborates on Hostos' idea of art and establishes his attitudes and preferences, depending on art's different branches: in music he would prefer pure art; in poetry he is inclined towards engaged art.

The author of this essay holds firmly to the vastness of Hostos' cognizance about painting, sculpture and literature, which, according to her, allows him to formulate sharp critical judgments, which are altogether fair and reflect his options as a sociologist and a politician with lofty, redeeming ideas about the Hemisphere.

Key words: Hostos, artistic sensibility, pure art, engaged art, fine arts

I. Introducción

De acuerdo con toda religión antropomórfica, el hombre fue creado por Dios a su imagen y semejanza. Siempre he creído que si el hombre pudiera ser Dios, actuaría en idéntica forma. Quiero decir, que de serle posible “crear”, en el sentido estricto de la palabra, un ser de carne y hueso donde alentase un alma, lo formaría también a su imagen y semejanza. Pero como no es

Dios, tiene el hombre que conformarse con influir, hasta donde le sea posible, en la conducta, en el sentir de los demás; con sus actos, con sus obras, con el testimonio de su vida y con su creación artística o su producción literaria cuando tiene el privilegio de estar dotado de esos talentos. El grado de su influencia dependerá en gran medida del caudal que posea en la esfera en que desea influir.

Así, cuando Hostos sueña para su vasta patria, el continente americano, un “hombre completo” que integre en su personalidad todas las cualidades positivas, físicas, morales, espirituales, intelectuales, deseables en un varón cabal, no hace otra cosa que fomentar el desarrollo en sus hermanos de aquellos atributos que él mismo posee en grado sumo. Porque Hostos ha sido uno de los hombres más completos, una de las personalidades más ricas y superdotadas que ha producido nuestra América y, tal vez, el mundo entero.

Al valorar sus múltiples talentos y las diferentes facetas de su carácter -el Hostos sociólogo, el moralista, el pedagogo, el político, el pensador, el periodista- muchas veces se olvidan del Hostos humano, y dentro de esa cualidad, de un aspecto que él mismo pretendió sofocar con la fuerza de su racionalismo, de su positivismo y; acorazar bajo el acero de su temple inflexible y de aquella autodisciplina que se imponía, forjándose de sí mismo y mostrando ante los demás una imagen de bronce. Ese aspecto de su cualidad de humano a la que me refiero es su sensibilidad artística. Debajo de aquella coraza latía un corazón de hombre tierno, receptivo, de una sensibilidad tan delicada capaz de vibrar a los más sutiles estímulos del arte, de percibir sus más finos matices, en cualquiera de sus manifestaciones.

II. Concepto del Arte

A. Arte puro y arte comprometido

Ya desde las páginas de su primera obra y única novela, **La peregrinación de Bayoán**, al abominar de la literatura, sobre todo, de la

romántica, que era la que imperaba en aquella época en América y que lanzaba ya sus últimos destellos en España (la novela se publica en 1863), Hostos define su postura ante el arte, declarándose a favor del arte comprometido, sobre todo en lo que respecta al arte literario. De hecho, la intención político-social mató en esta obra el germen del gran novelista que pudo haber sido, pese a que el estilo original y el alto lirismo de la obra siguen constituyendo en ella valores literarios positivos. Luego, su talento literario se siguió desplegando en otros géneros más áridos, como “tratados”, “diario”, artículos periodísticos” y “ensayos críticos”.

Es precisamente a través de los ensayos de crítica de arte que vemos perfilarse su sensibilidad, no empece hallarse ésta siempre coartada por las ideas preconcebidas del autor sobre moral, política, etc.

Al expresar sus ideas sobre crítica de arte, dice Hostos que la crítica se aplica al estudio y examen de las artes llamadas liberales que son la música, la pintura, la escultura, etc. Distingue entre dos clases de críticas: aquella que se circunscribe al examen de lo bello, independientemente de lo bueno, y la que no separa los dos conceptos. No descarta la primera posición, pero se adhiere más firmemente a la segunda. Porque ésta, según él, contribuye más al bien moral. La concepción artística de Hostos se ajusta perfectamente al concepto griego que unía lo bueno, lo bello y lo verdadero. El cree más en aquéllos que reconocen y declaran que no es bello más que lo que es bueno y que sólo en lo verdadero puede haber tipos de belleza, de gracia y sublimidad.

Ahora bien, su posición ante el arte varía de acuerdo con la naturaleza

del género: en la música prefiere el arte puro, en la poesía el arte comprometido.

Su preferencia por el arte utilitario no opaca su visión estética hasta el punto de desvirtuarla o menoscabarla en favor de lo primero. Una cosa es que Hostos prefiera el arte de compromiso, y otra que se sacrifique la estética en pro de la ética. Él reconoce que el arte, para ser verdadero, debe ajustarse a las leyes que rigen esta sublime manifestación del espíritu humano. Así, dice a la dama que admira un cuadro que presenta a Jesús resucitado ante María de Magdala y de la madre de Santiago porque responde a la imagen que ella se ha forjado de la figura de Cristo, sin considerar, ni cobrar conciencia siquiera, de los defectos que como muestra de un arte incipiente tiene la obra:

“Juzga mal el que juzga cualquier cosa por ideas preconcebidas, por prejuicios - como dicen los filósofos y como no quieren dejarme decir los cajistas de mi imprenta-, que perjudican mi lengua haciéndome decir perjuicio en dondequiera que digo yo perjuicio.” (Leve toque de humor, nota rara en Hostos). “Preconcibe, prejuzga usted que es obra bella de arte la que representa una idea o un sentimiento o una creencia que usted ama por bella, o encuentra bella porque la ama, y declara bello, bellísimo, sublime, un ensayo que tiene los dos méritos relativos que le atribuyo, no el encanto que tiene para usted el hecho para leyenda que recuerda.”¹

Hostos sustenta la idea de que cada obra de arte ha de apreciarse dentro del contexto de la cultura, de la particular mentalidad que la inspiró. Por eso, la Bacante que contempla en la exposición de Chile, para poder apreciarse justicieramente ha de verse desde el punto de vista de la mentalidad helénica,

del concepto pagano. La estatua de Caopolicán debe apreciarse desde la atmósfera de rebeldía y de crítica del colonaje que iba gestando las revoluciones americanas. También hay que ver en la pintura original de Caro la expresión de un estado social. (Aquí se revela también el Hostos sociólogo).

B. Lo moral en el arte

Hostos es ante todo un moralista. Su elevado y estricto sentido de la moral lo llevó no sólo al cultivo de este tema como uno de los pilares de su obra literaria y a la práctica en su vida que rozó los linderos del ascetismo en un sentido adogmático, si es aceptable el vocablo, hasta el punto de merecer el apelativo de “Santo Laico”. El sentido de la moral y del honor en Hostos llega a veces a extremos inconcebibles. Claro ejemplo es aquél en que, viviendo en la ciudad de Nueva York, mientras luchaba por la independencia de Cuba y Puerto Rico, pasaba frío, hambre y miseria por no eludir sus principios y se negaba obstinadamente a aceptar la más leve ayuda de sus más íntimos amigos.

Al situarse ante el arte, Hostos empieza por distinguir y aclarar ciertos conceptos relativos a la moral que no deben confundirse en la obra de arte. Uno de ellos es la diferencia entre indecencia e inmoralidad. Dice que toda la inmoralidad es indecente, pero no toda indecencia es inmoral. La inmoralidad, afirma, está en la intención. Ilustra el concepto con el ejemplo de una mujer descotada. Un escote moderado puede resultar más indecente que uno exagerado. Porque todo depende de la actitud de la mujer, de su intención al usarlo. Hostos

afirma que la desnudez en arte, como en el hombre o en la mujer, no está en la ausencia de la ropa, sino en los ojos, en la boca, en el gesto que exprese sensualidad. Lo contrario está ejemplificado en la Bacante de Plaza. Esta estatua representa el naturalismo sensual que ha perdido el hombre desde el surgimiento del cristianismo, sin poder conseguir el naturalismo racional. Quiere decir que el cristianismo, al traer tanto el concepto del pecado, descartó la noción de la inocencia en el naturalismo primitivo, sin poder darnos un sustituto, sino, cubriendo con una capa de hipocresía lo que para la prístina inocencia del hombre de la antigüedad y de las primeras edades, era perfectamente natural. Hostos va más lejos, hasta afirmar que el catolicismo tiene un infierno para cada aspiración de la naturaleza. No obstante, antepone lo ético, sobre todo, la ética cristiana, a lo estético. Sabe reconocer también los grandes valores morales del cristianismo y su aportación a la humanidad. Dialogando con la dama que lo acompaña en la exposición, le dice:

“Yo creo que el cristianismo es un progreso y que el mayor beneficio de que le somos deudores es la adoración del espíritu en que ha sustituido la idolatría pagana, que era la adoración de la materia. El progreso será siempre exclusivo, porque se verifica en el tiempo y para todos los seres humanos, no en un instante y para cada individuo de la especie. Lento y universal, sacrifica aspectos reales y racionales de la vida, pero los sacrifica a aspectos superiores. Si fuera momentáneo y para hombre, no sería progreso, sería sacudimiento, estallido, cataclismo. Me parece que un filósofo alemán ha dicho que la

naturaleza no da saltos; ¿lo ha dicho?”²

El filósofo al que alude es Leibnitz.

Severo moralista como es no rechaza, sin embargo, el desnudo en el arte lo cual es prueba patente de su fina sensibilidad artística y de sus vastos conocimientos en la materia. Comprende bien la enorme distancia que media entre el arte y la pornografía. En su concepto, el arte es amoral. Lo constituyen en moral o inmoral las distintas posiciones que el hombre adopte frente a éste; depende de su grado de moralidad de las emociones, de las sensaciones, que pueda suscitar en el que contempla la obra de arte. A este respecto, nos dice lo siguiente:

“El arte – imitación libre, reflexiva, individual, de la naturaleza – es la reproducción armónica de la dualidad universal de lo bello. La forma humana, que no es en sí misma indecorosa, ni impúdica, ni inmoral, ni escandalosa, es virtual y esencialmente bella. El arte que la reproduzca exactamente, reproduce una armonía. Si para expresar un estado del espíritu, un momento del alma humana, una leyenda, una idea, un recuerdo, el arte debe presentar en toda su desnudez las formas que necesita para su ideal. SI la dualidad reproducida es tan bella como la dualidad imitada, el principio intelectual dominará al sensual, el espíritu prevalecerá sobre la materia en su creación, y si hay cínico o epicúreo que rompa las dualidad, que contemple las formas por las formas, que desentienda la esencia por paladear las atractivos de la forma, el arte no es responsable de su extravío, el artista no puede ser cómplice de su sensualismo.”³

III. Reacción de su sensibilidad ante las distintas modalidades del arte

A. La música: Es sorprendente el hecho de que un hombre como Hostos, que dedicó toda su vida a la acción en diferentes campos de la actividad humana y nada menos que cuarenta años de su vida a lo que él denominó su “peregrinación”, en busca de la libertad para su pueblo y para Cuba, haya tenido tiempo para cultivarse tanto en el campo de las artes. Porque Hostos no es un mero diletante con unos conocimientos superficiales del arte. Por el contrario, sus conocimientos son vastos y profundos, según lo revela su agudo sentido crítico.

Define esa sublime manifestación del arte que es la música, de este modo: “La música es voz del sentimiento, lenguaje de la sensibilidad inexpressable, palabra de lo inefable, grito, clamor, exclamación, queja, suspiro de todos los afectos...”⁴

Pensador y filósofo antes que artista, cree que debiera aborrecer la música por considerarla elemento perturbador de la vida reflexiva. Amplía el pensamiento en la siguiente cita:

“En vano, explicándole racionalmente esta agradable perturbación, me dijo que el arte del sentimiento realiza, conmoviéndonos, su fin fundamental: en vano me demuestro que la vida es múltiple y que tanto más hombre es el hombre cuánto más capaz es de recorrer todas las esferas de su ser moral: todo me parece bien porque todo me parece cierto, pero no por eso dejo de rebelarme contra esa posición que toma de mis fuerzas activas ese tirano arte del sonido. Cuando se tiene que pensar es incómodo sentir.”⁵

Es una forma más de represión de las inclinaciones naturales de su espíritu en aras del ideal de justicia, de perfección, que Hostos persigue afanosamente. Naturalmente sensitivo, no quiere dar rienda suelta a ninguna inclinación que pueda desviarse del fin primordial de su existencia, de esas rígidas normas de vida que se autoimpone para poder concentrar todas sus fuerzas, todas sus facultades, en lucha por un ideal.

Ya hemos señalado que el arte puro sólo lo concibe en la música, más específicamente, en la música descriptiva. A tal efecto nos dice lo siguiente:

“...Yo prefiero la música sinfónica a la dramática, como prefiero la música descriptiva a la representativa, precisamente por la misma razón que prefiero la poesía dramática y la mixta a la poesía lírica y directa: es decir, porque en música soy partidario del arte por el arte, de lo bello por lo bello, y en poesía soy partidario del arte por la idea, del arte por lo útil. El arte musical es eminentemente uno, el arte poético, eminentemente vario: éste se dirige al entendimiento, estimulando la sensibilidad: aquél se dirige al sentimiento, moviendo y conmoviendo el sentimiento: allí siento pensando, aquí siento sintiendo: allí, el arte se dirige al hombre entero: aquí, al hombre parcial. Si uno y otro se salen de su esfera, me perturban: si la poesía no hiciera otra cosa que conmovirme, sería insuficiente: si la música intentara hacerme pensar, la tendría por excesiva.”⁶

Como ejemplo de la música sinfónica y descriptiva hace una magistral interpretación de la Pastoral de Beethoven.

Hostos conoce todos los géneros musicales, todas las técnicas. Sabe apreciar lo mismo los distintos movimientos de una sinfonía que las complicaciones dramático-musicales de una ópera. Sabe de instrumentación, qué papel desempeñan los violines en una composición, que nos quieren describir los sonidos de una fagot, qué sensaciones tienden a despertar los acordes de un arpa, y así sucesivamente, de acuerdo con el tema y con la estructuración de cada pieza. Conoce toda la nomenclatura de la música clásica. La música religiosa le es tan familiar como la profana. Mozart, Haydn, Meherbeer, Cherubini, Stradella, hallan en él un fino receptor de sus mensajes musicales, un espíritu afín que vibra al influjo de las maravillosas armonías de sus composiciones, percibiendo sus más delicados y sutiles matices. Un ejemplo de todo lo que acabo de exponer es la descripción que hace del “Dies irae” de Cherubini:

Y ¿qué es el “Dies irae”? Un efecto de sonoridad aterrador.

Para conseguirlo, el compositor ha seguido un procedimiento muy sencillo. Mientras daba a los instrumentos de cuerda y a las trompas la anunciación de la frase fundamental, la transmitía, convirtiéndola en canon, a la masa coral: y a la medida que ésta desenvuelve el motivo, la orquesta lo completa: expuesto ya el pensamiento, las voces entre sí y entre la masa instrumental, se los disputan, produciendo una

verdadera lucha de armonías y disonancias que acalorándose más cuando más se empeña, se revuelve en un crescendo vehementísimo, cuya frase final es prodigiosamente resonante. En ella está todo el pensamiento y todo el triunfo del compositor; su efecto es inmediato; la atención más que fijarse, se eleva en aquella sonoridad dominante. Y el corazón se levanta, y el cuerpo da un impulso.⁷

Aunque Hostos no fue un católico ortodoxo, su vida fue testimonio auténtico de una profunda religiosidad. Como cristiano y como pedagogo supo descubrir los valores de la liturgia, entre éstos, el gran poder catequizador de la música. La música, como todo arte, al aliarse con la religión, logra estimular la fe en forma más efectiva. Cita ejemplos de cómo estos procedimientos eran usados por los griegos y por los hebreos, mostrando de paso su erudición en materia de historia antigua.

B. Pintura y Escultura: En su ensayo “La exposición”, escrito en ocasión de una exposición artística e industrial celebrada en Chile como parte de las festividades nacionales, Hostos demuestra con certero juicio el aprecio y conocimiento que tiene de las artes plásticas.

No hay en Hostos una sensiblera condescendencia con la mediocridad: es crítico exigente; pero aprecia todo esfuerzo creador, y en los noveles pintores chilenos justiprecia el talento natural que los lleva a producir, aunque copiada, una obra aceptable y con un tinte de originalidad, pese a la carencia de escuela y práctica ante modelos naturales. Al evaluar toda obra, es evidente que el Hostos crítico tiene en

mente y pesa en la balanza de su juicio las limitaciones a que por necesidad se halla sometido el artista.

Sobre la “Susana” de Nicanor Plaza, nos dice:

Pésimo mármol de cantera, esa figura es un admirable mármol de artista. Actitud soberana; anatomía encantadora; suavidad de forma; tranquilidad clásica en las líneas; correcta severidad en el dibujo; cabeza portentosa por la expresión; dulcísima armonía en el conjunto, así es, así está y así admira, a pesar de las manchas del mármol, a pesar de la anchura de las manos, a pesar de la deformidad de los pies, la severa, la magnífica, la castísima Susana.⁸

La misma estatua le inspirará reflexiones morales sobre el desnudo en el arte:

Este mármol tiene un alma, y está en la expresión de la cabeza; cuando el alma está vestida, el cuerpo no necesita vestiduras; y el arte que reproduce exactamente una expresión del alma puede, sin riesgo del pudor público; puede, sin ofender a la moral; debe, por acatamiento al arte; debe, por veneración a la verdad, desafiar las desnudeces que para él no existen, y dar al espíritu humano la satisfacción de ver cincelada por el arte la verdad.⁹

Si la moderna ciencia de la estilística ha descartado totalmente la separación de la idea y de la forma en la literatura, del continente y del contenido, Hostos proclama la indisolubilidad del estrecho maridaje entre la esencia y la forma en todo género de arte:

... El arte es esencia como es forma, como en la realidad que reproduce, la forma es contenido de una

esencia; divorciar la esencia de la forma, la forma de la esencia, es despreciar el arte. Al divorciar la forma de la esencia, porque le arrebatara los medios estéticos de interpretación. Lo bello es siempre, y esencialmente, una dualidad, dualidad de espíritu y materia en lo bello espontáneo de la naturaleza, dualidad de forma y fondo en lo bello reflejo de la humanidad. Todo es bello en su medio: es decir, suprimir ese accidente en lo bello de la naturaleza, es suprimir la esencia de lo bello natural: suprimir ese accidente de lo bello humano, es suprimir la forma: en un caso se suprime al accidente espiritual: en ambos casos se suprime el arte.¹⁰

La mujer que le acompaña en la exposición es un mero pretexto literario para que Hostos plantee sus ideas en forma de tesis y antítesis. En el diálogo con la mujer ante la estatua “La Bacante”, ésta le arguye que el progreso moral que él pretende para toda la humanidad y que es resumen de todo lo bueno, de todo lo bello, de todo lo verdadero, como en el concepto griego, no es posible en el orden individual, es inaccesible, es un mito, y por lo tanto complicaría más la vida, causaría más dolor. “¿Quiere usted condenar la humanidad a mayores dolores que ha sufrido y sufre, a la desgracia irremisible, necesaria, que resultaría de ese progreso y de esa vida?”¹¹

En otro momento de “La Exposición” aparece una dama ante Hostos. Viene huyendo de un sátiro que aparece pintado en un cuadro. Afirma ella que el sátiro representa el vicio. Hostos dice que no; porque el vicio no puede ser bello, y el sátiro, queriéndose salir del cuadro buscando la belleza que le rehúye, es bello. “Ese pobre sátiro”, dice Hostos, “representante de un estado

de naturaleza, no es el vicio.” Es: “Una representación mística del amor a lo bello. Lo bello es buscado y es amado hasta por lo que es deforme y es horrible. La naturaleza y la humanidad hacen lo mismo: buscan y engendran los contrastes para producir la belleza y la armonía. Idéntico es en el arte...”¹²

El Hostos sociólogo se revela también en su concepción del arte. No entiende el arte como expresión de un genio individual, sino como un fenómeno social. Hostos no se hubiera encerrado nunca en una “torre de marfil”:

Enemigo del error como es el arte, yo no he podido nunca considerarlo como hecho individual y tengo una irrefrenable propensión a contemplarlo como fenómeno social. Al arte representativo o expositivo, exclusivamente encargado de lo bello por la forma o de lo bello bueno por el razonamiento; plástico o material, realista o imaginario, poesía o pintura, estatuaria o arquitectura, oratoria o música, corresponde, ante mi juicio, a desarrollos de la vida social, y es más un fenómeno biológico de las sociedades que expresión de una vocación o una genialidad individual.

Bello, bueno, verdadero, son medios de un mismo fin: perfeccionamiento. Lo bello es necesariamente bueno y verdadero, como lo bueno es verdadero y bello, como lo verdadero es bueno y bello. Sentimiento, voluntad, entendimiento, son fuentes de belleza, de bondad, de verdad, y de ellos nacen el arte, la moral y la ciencia que resumen en sí toda la vida subjetiva. Desarrollar su sentimiento, su voluntad y su entendimiento, es perfeccionarse: por eso a todo paso, a todo adelanto, a todo perfeccionamiento de la humanidad corresponden florecimientos del arte, de la moral y de la ciencia.¹³

En el héroe araucano Caupolicán, Hostos ve el “símbolo de una edad que no ha pasado”. Al situarse frente a una estatua de este indígena de América, Hostos se revela además de sociólogo, como político de ideas redentoras para América, de justicia para el indio. Caupolicán encarna en la actitud en que se le presenta en esa estatua, la protesta social ante la injusticia del despojo; el deseo vindicativo contra un crimen perpetrado al amparo de la religión; el rencor y el odio del indio y del criollo, por haber sido desposeídos de sus derechos naturales y haber sido constituidos en razas preteridas.

Frente a la pintura paisajista, la actitud de Hostos varía; y se refleja una sensibilidad más inclinada hacia el lirismo, la fantasía, la intuición, y el sentimiento. Considera que en este género el arte no debe ser objetivo, sino representación de una naturaleza sentida, no estudiada; proyección del yo en la realidad externa; “expresión subjetiva o individual de una estado psicológico.”

Hostos demuestra tener del arte pictórico tan completo dominio como de las otras artes. La teoría del color; los efectos de luz y de sombra; los lejos, los escorzos, todas las leyes de perspectiva; las técnicas: todo le es conocido. Enjuicia la obra pictórica con la misma maestría que las demás artes.

Es sobrio en sus gustos: censura los colores demasiado brillantes, los contrastes violentos en la pintura de Fergusson, aunque admira su técnica, especialmente su perspectiva.

Ante una copia de “La Virgen de la Silla”, de Murillo, hecha por la señorita Donoso, se revela como positivista en la apreciación del arte religioso. Frente a un San José y el Niño copiado por Caro reacciona como un racionalista. Al esposo de la dama con

quien discute estas ideas en la Exposición, le plantea entre líneas una defensa de valor y la sinceridad de expresar en voz alta la verdad en que creemos, aun a riesgo de escandalizar. El otro se declara tan libre pensador como él, pero considera un deber de prudencia al no exponer en voz alta sus ideas.

En el curso de estas reflexiones expresa también otras ideas sobre la moral. Por ejemplo, no cree en la virtud como una obligación moral o religiosa, sino como una convicción racional de que ésta debe practicarse sin conveniencia y por placer.

Afirma que la tristeza es una enfermedad moral, hasta cuando procede de la fe. Sin embargo, él mismo nunca fue alegre; muy al contrario, tanto sus obras como sus fotografías lo revelan como un hombre siempre ensombrecido por una dulce melancolía.

C. La Literatura: Ya hemos mencionado el hecho de que desde su primera obra literaria, Hostos se declara en contra del arte por el arte y de la obra de ficción. Más aún, llama a este arte “el oficio de los ociosos”. También hemos dejado consignado que su talento literario se encauzó en otros géneros.

Pero aquel sello de originalidad que exhibió su estilo en **La peregrinación de Bayoán** y que fuera de inmediato advertido por los críticos, persiste a través de toda su obra. El estilo sobrio, impecable, no exento de lirismo cuando éste encaja dentro del género o el tema tratado; la tendencia a lo sentencioso o aforístico; el juego conceptual que ostenta a veces; la paráfrasis de frases famosas; el retoricismo moderado o sin exceso; todos estos rasgos confieren a su prosa una calidad literaria que se rebela contra

la tiranía de la obstinada intención nacionalista del autor.

Su innato talento literario se perfila con mayor relieve en el género ensayístico y en particular en los ensayos de crítica.

1. El ensayo: Hostos escribió una serie de ensayos de crítica de arte que son modelos de perfección técnica en su género, además de constituir profundos y concienzudos estudios de la materia tratada. Entre estos ensayos destacan sobre los demás el titulado En “La Exposición” y los que enjuician dos tragedias de William Shakespeare: **Romeo y Julieta, y Hamlet.**

En el primero hace un profundo estudio psicológico de los amantes de Verona y de los demás personajes de importancia en la obra. Fiel a su preferencia por el arte comprometido, extrae de esta obra una lección moral: las consecuencias funestas que acarrea el desenfreno de las pasiones. Con su usual técnica aforística, la frasea de este modo: “El que se acerque al precipicio, caerá: el que lo siga, tal vez se detendrá; y los propensos al abismo, con la tragedia de Shakespeare en la mano y auscultando con atención su corazón, meditarán largamente y llorarán.”¹⁴

Pero el ensayo sobre Hamlet ha bastado para situarlo entre los más grandes ensayistas de América. Este ensayo se considera el primero en la lengua castellana y se sitúa entre los primeros cuatro de los numerosos ensayos que se han escrito en torno a la obra cumbre del genial dramaturgo inglés.

El ensayo es perfecto en su técnica y estructura; pero lo que más se destaca en él es la aguda penetración de su crítica, que destruye todos los juicios anteriores, incluso los de plumas tan

famosas como Voltaire, Víctor Hugo, Chateaubriand. No es errado afirmar que Hostos es quien verdaderamente valora esta obra; ya que toda la crítica anterior a la suya había sido adversa y alguna, como la de Voltaire y Chateaubriand, injusta y despreciativa.

Hostos ve en los personajes shakesperianos no unos meros entes literarios, sino seres de carne y hueso. Va profundizando en la psicología de cada uno de ellos al mismo tiempo va analizando y justificando la técnica usada en el desarrollo de la acción (uno de los aspectos más duramente censurados por algunos críticos), en función de la evolución gradual de los personajes o de sus transformaciones.

Hostos va perfilando en el estudio de estos personajes su propia personalidad, las múltiples facetas de su carácter: el sociólogo, el moralista, el psicólogo, el crítico sensitivo y el hombre humano. Los dos últimos aspectos se revelan plenamente en la parte del ensayo que corresponde a la apreciación del carácter de Ofelia. Esta parte constituye por sí sola una preciosa joya literaria, un breve ensayo que podría extraerse del contexto como pieza única, de incomparable lirismo y vuelo poético. La misma estructura de esta parte lo sugiere: comienza y cierra con una bellísima imagen de la fragilidad de Ofelia, quien personifica el amor en su más pura esencia: Ofelia era como un vaso delicado, hecho para plantar unas violetas: plantaron en él una encina, y se quebró.

2. La poesía: Hostos tiene varios ensayos en que enjuicia la obra poética de autores americanos, como José Joaquín Pérez, Carlos Guido Spano, Salomé Ureña de Henríquez, y otros.

Como en toda su crítica de arte, se evidencia también en estos ensayos su

dominio de la materia tratada: su conocimiento del arte de la versificación, de la métrica, de las formas estróficas, de los diferentes géneros poéticos. Como en los otros ensayos, se reflejan también sus gustos y preferencias y su rica y compleja personalidad.

En el ensayo que dedica al poeta dominicano José Joaquín Pérez a raíz de su muerte, emite el siguiente juicio: aunque este poeta es considerado el lírico más nacional de América, le falta algo: que haya pasado de la lírica a la épica: que haya reflejado en su poesía su amor y su conocimiento de Quisqueya, “su entusiasmo por las cosas de su tierra, sus tristezas por los dolores de su tierra.” Lo había prometido en una obra en agraz: **Fantasías indígenas**, pero no llegó a cumplirlo.

Afirma Hostos que la habilidad de este poeta para la composición métrica lo capacitaba para iniciar el segundo estado de la vida nacional en su patria: el paso de la colonia a la nación libre en todo el sentido de la palabra; en arte, en literatura, de lo españolizante a lo autóctono americano. Esto se evidencia también en el Romancero de Quisqueya, porque es el romance, en su opinión, la única forma adecuada para dar cabida a la expresión nacional: a la épica.

En la crítica de la poesía de Carlos Guido Spano proyecta Hostos mucho de su propia sensibilidad, de su ternura de hombre tantas veces sofocada por las luchas civiles y políticas. Ve también en las cualidades expresadas en la poesía, un elemento esencial al “hombre completo”. Al enjuiciar el poemario **Hojas al viento** nos dice:

Separando de ese libro de poesías unas cuantas del género erótico malsano, quedan un poeta y un hombre digno del interés más cariñoso. Interesa el poeta

porque en él son los afectos tiernos, las delicadezas de sentimiento, las impulsiones generosas, los entusiasmos viriles, la nobleza de carácter que en toda su obra revela el poeta.¹⁵

Con rápidos y certeros brochazos describe y enjuicia Hostos el contenido de distintos poemas: “Nenia”: “la composición más original de todo el libro, el canto de muerte más persuasivo que el sentimiento de justicia ha inspirado.” “En las guindas”: “dulcísima modulación del primer deseo.” “Al pasar”: “melancólica queja del recuerdo.”

El poema que más le impresiona es el titulado “A mi madre”. Lo considera el mejor de la obra. El poema en sí, intercalado fragmentariamente en el texto del ensayo, nos parece un derroche de aquel sentimentalismo exacerbado de los románticos que Hostos tanto desdeñaba. ¿Por qué, entonces, elogia tanto este poema y lo reproduce casi íntegro en su ensayo? Porque es un canto al más puro y sublime de todos los amores. Y Hostos ama tanto a su madre, que se permite una contradicción en aras de esta ternura: lo que censuró a la dama de “En la Exposición”: el enjuiciar el valor de la obra de arte por el sentimiento que expresa, lo hace él ahora con el poema de Guido Spano.

Otro valor sentimental que ve en la obra del poeta argentino es la desesperada ternura con que canta a la patria.

La mayor originalidad que le atribuye es haber conservado su fresca ternura, no la ha perdido pese a todas las amargas de la vida.

De Salomé Ureña de Henríquez, a quien llama “sacerdotisa del verdadero patriotismo”, dice que lo mejor en ella es su fibra patriótica.

La clasifica como poeta de minorías; no es para el gusto del vulgo, por su lenguaje severo, tono elevado, sentimientos profundos.”

Sintetiza las tendencias generales de esta poetisa en el siguiente párrafo:

Las poesías de Salomé Ureña de Henríquez son todas de género lírico y de carácter eminentemente subjetivo; pero como el sujeto es una entidad de primer orden en cuanto dice relación a sentimientos nobles y a ideas generosas, abarca todos los tonos: el familiar, cuando hablan en ella los sentimientos de la familia; el elevado, cuando hablan los nobles impulsos y deseos de la educadora; y el tono de la indignación y del entusiasmo, cuando hablan ideas, sentimientos y aspiraciones patrióticas.¹⁶

IV. Conclusiones

Hemos podido ver cómo Hostos se perfila a través de sus ensayos de crítica de arte como un hombre dotado de una viril, a la par que fina y delicada sensibilidad artística. Su preferencia por el arte comprometido no es óbice para que sus juicios generalmente sean objetivos, ni para que sepa descubrir y apreciar los auténticos valores estéticos en la obra de arte. Hay que aceptar, sin embargo, que aunque afirma que la valoración de la obra artística no debe partir nunca de ideas preconcebidas, en ocasiones él mismo cae en este error. No obstante, nadie puede negar, después de leer sus ensayos, el cabal conocimiento que tiene de las bellas artes y que si no pasó del conocimiento puramente teórico a la práctica de ellas, no fue por falta de talento y sí porque otros deberes, sagrados para él, reclamaron y consumieron la mayor parte de su tiempo. A pesar de esto, pudo recrearse en las más sublimes obras de arte creadas por el hombre, gracias a esos

conocimientos y a esa exquisita sensibilidad que le capacitaron para disfrutar a plenitud de los puros goces estéticos.

Recibido 13-3-07

Aceptado 29-02-08

8 Op. cit., p. 42-43.
9 Op. cit., p. 57.
10 Op. cit., p. 58.
11 Op. cit., p. 58-59.
12 Op. cit., p. 67.
13 Op. cit., p. 75.
14 Op. cit., p. 70.
15 Op. cit., p. 122.
16 Op. cit., 191
17 Op. cit., 245

NOTAS

1. Obras Completas. Críticas, Vol. 11, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, Puerto Rico, 1969, p. 89.

2 “En la Exposición”,

3. Op. cit., p. 66.

4 Op. Cit., p. 59.

5 Op. cit., p. 33.

6 Op. cit., p. 40.

7 Op. cit., p. 45-46.

